

01 DE ABRIL

SAN MELITON

Obispo de Sardes

Año 180

Eusebio y otros escritores eclesiásticos recomiendan los escritos de San Melitón, obispo de Sardes de Lidia. Compuso éste, en el siglo II, una apología del cristianismo dedicada al emperador Marco Aurelio y muchas otras obras de teología y ética. Eusebio y San Jerónimo dan una lista de varios títulos de las obras de San Melitón; pero sólo se conservan algunos fragmentos de las mismas.

Según el testimonio de Tertuliano, que no apreciaba particularmente el lenguaje y el estilo oratorios del obispo, muchos consideraban a San Melitón como un profeta. Su nombre aparece en varios martirologios antiguos; pero lo único que sabemos de él es que era célibe y que regía su vida por las enseñanzas del Espíritu de Dios.

Como el nombre latino de Sardes y el de Cerdeña se parecen mucho, se ha confundido frecuentemente a San Melitón con uno de sus homónimos imaginarios, el cual, según la tradición, fue discípulo de San Bonifacio, primer obispo de Cagliari, y sufrió el martirio en Cerdeña, durante la persecución de Domiciano.

SAN VALERIO

Abad

Año 620

San Valerio nació en Auvernia, en el seno de una familia humilde. Guillermo el Conquistador mandó exponer solemnemente sus reliquias para obtener del cielo un viento favorable a fin de que zarpara su expedición a Inglaterra. El santo, que era pastor, se las arregló para aprender a leer mientras cuidaba el ganado y llegó a conocer de memoria el salterio. Un día, su tío le llevó a visitar el monasterio de Autumo; Valerio insistió en quedarse y su tío le permitió continuar ahí su educación, aunque no es del todo cierto que el Santo haya tomado el hábito en ese convento. Algunos años después, pasó a la abadía de San Germán de Auxerre; pero no parece que haya vivido ahí mucho tiempo.

En aquella época los monjes podían pasar libremente de un convento a otro; algunos eran simplemente espíritus inquietos, incapaces de establecerse en un sitio, pero otros cambiaban de monasterio con verdadero espíritu de perfección, en busca de directores espirituales capaces de ayudarlos a santificarse.

San Valerio se contaba entre estos últimos. La fama de San Columbano y sus discípulos le movió a ir a Luxeuil para ponerse bajo la dirección del gran Santo irlandés. Con él fue su amigo Bobo, un noble a quien Valerio había convertido y que abandonó todas sus posesiones para seguirle. Ambos se establecieron en Luxeuil, donde encontraron el director espiritual y la forma de vida que necesitaban. San Valerio estaba encargado de cultivar una parte del huerto. Los otros monjes consideraron como un milagro que los insectos no atacasen la parte del huerto confiada a Valerio, en tanto que devastaban todo el resto; también parece que esto fue lo que movió a San Columbano, quien tenía ya una idea muy elevada de la santidad de Valerio, a admitirle a la profesión después de un noviciado excepcionalmente breve.

El rey Teodorico expulsó al abad del monasterio y sólo permitió que partiesen con él los monjes irlandeses y bretones. San Valerio, que no quería quedarse en el monasterio sin su maestro, obtuvo permiso de acompañar a un monje llamado Waldolano, quien iba a partir a una misión de evangelización. Se establecieron en Neustria, donde predicaron con gran libertad; la elocuencia y los milagros de Valerio lograron numerosas conversiones. Sin embargo, el Santo se sintió pronto llamado de nuevo a retirarse del mundo, esta vez a la vida eremítica.

Siguiendo el consejo del obispo Verecundo, escogió un sitio solitario cerca del mar, en la desembocadura del río Somme. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos por ocultarse, no consiguió permanecer ignorado; pronto se le reunieron algunos discípulos y las celdas empezaron a multiplicarse en lo que más tarde se convertiría en la célebre abadía de Leuconaus.

San Valerio partía, de vez en cuando, a predicar misiones en la región; obtuvo un éxito tan grande, que se cuenta que evangelizó no sólo lo que ahora se llama Pas-de-Calais, sino toda la costa oriental del estrecho.

San Valerio era alto y de figura ascética; su singular bondad suavizó la rigidez de la regla de San Columbano con excelentes resultados. Los animales acudían a él sin temor: los pájaros iban a posarse sobre sus hombros y a comer en sus manos; en más de una ocasión, el buen abad dijo a los que iban a visitarle: “Dejad comer en paz a estas inocentes criaturas de Dios”.

San Valerio gobernó el monasterio durante seis años por lo menos y murió hacia el año 620. Los numerosos milagros que obró después de su muerte, contribuyeron a propagar rápidamente su culto. Dos poblaciones francesas le deben su nombre: Saint-Valéry-sur-Somme y Saint-Valéry-en-Caux. Ricardo Corazón de León trasladó las reliquias del Santo a esta última ciudad, que se halla en Normandía, pero más tarde fueron nuevamente llevadas a Saint-Valéry-sur-Somme, a la abadía de Leuconaus.

SAN MACARIO

El Taumaturgo

Año 830

Macario el Taumaturgo nació en Constantinopla. Recibió una excelente educación y mostró particular aptitud para la Sagrada Escritura, “que aprendió entera en breve tiempo”, según leemos. Después, se trasladó de Constantinopla al monasterio de Pelekete, donde cambió su nombre de bautismo, que era Cristóbal, por el de Macario. Como era un monje modelo, fue elegido abad, y pronto se hizo famoso por las curaciones milagrosas que obró. Las multitudes acudían a Pelekete para obtener la curación de enfermedades de cuerpo y alma.

San Tarasio, patriarca de Constantinopla, quien había oído hablar mucho de su santidad y milagros, quiso entrevistarse con él; para escoltarle, envió al patricio Pablo, pues tanto a éste como a su esposa, ya desahuciada por los médicos, San Macario había devuelto la salud. Cuando se encontraron los dos santos, Tarasio bendijo a Macario y no le dejó volver a su monasterio, sino después de haberle conferido la ordenación sacerdotal. El Santo abad no estaba destinado a vivir mucho tiempo en la paz del monasterio; el emperador Leo el Armenio se dedicó a perseguir a todos los que defendían el culto de las imágenes, y Macario fue torturado y estuvo prisionero hasta la muerte de Leo.

El sucesor de éste, Miguel el Tartamudo, devolvió la libertad al Santo y trató de ganarle con amenazas y promesas; pero, como San Macario permaneciese inflexible, el emperador lo desterró finalmente a Afusia, en la costa de Bitinia, donde murió el Santo el 18 de agosto, pero es imposible precisar el año.

SAN CELSO

Arzobispo de Armagh

Año 1129

Celso es el nombre latino de Ceallach mac Aedha, en cuya familia la sede de Armagh había sido hereditaria durante varias generaciones. Como sus ocho predecesores, Celso era laico, al asumir la sede en 1105, a los veintiséis años de edad. Consagrado obispo, fue un excelente pastor. San Bernardo de Claraval escribió sobre él: “Era un hombre bueno y temeroso de Dios”. Fue muy asiduo en las visitas pastorales, administró sabiamente las posesiones de su diócesis y restauró la disciplina eclesiástica. Con este último punto se relaciona su presencia en el gran sínodo de Rath Breasail, al que asistieron no menos de cincuenta obispos, bajo la presidencia del legado pontificio Gilberto de

Limerick. El pueblo no recibió de buen grado ni las reformas, que llevó al cabo el sínodo, ni la nueva división de las diócesis.

Los anales de Four Masters cuentan que San Celso reconstruyó la catedral de Armagh. La época en que vivió fue muy agitada; tuvo que ejercer el oficio de mediador en las discordias de los príncipes irlandeses y sufrió las invasiones de los O'Rourke y los O'Brien.

En todas sus dificultades le asistió San Malaquías, quien fue primero archidiácono suyo y después obispo de Connor. Poco antes de su muerte, ocurrida en Ardpark de Munster, en 1129, Celso acabó con la costumbre de la sucesión hereditaria, nombrando por sucesor a Malaquías. Según su deseo, fue enterrado en Lismore.

El cardenal Baronio introdujo el nombre de San Celso en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra el 1 de abril, día de su muerte, en todas las diócesis de Irlanda.

SAN HUGO

Obispo De Grénoble

Año 1132

San Hugo nació en Chateauneuf, cerca de Valences del Delfinado, en 1052. Su padre, Odilón, que se había casado dos veces, entró en la Cartuja y murió a los cien años de edad; su propio hijo, en cuyos brazos expiró, le administró el Santo viático. Hugo empezó su educación en Valences y la terminó brillantemente en el extranjero. Aunque era todavía laico, obtuvo una canonjía en la catedral de Valences, pues en aquella época se conferían ciertos beneficios eclesiásticos a los estudiantes que aún no habían recibido las sagradas órdenes.

Hugo, obispo de Die, quedó conquistado por las cualidades de nuestro Santo y decidió tomarlo a su servicio. Nada tiene esto de extraño, pues San Hugo era muy joven, simpático y extremadamente tímido; por otra parte, su cortesía y su modestia, que le llevaban a ocultar su talento y su ciencia, le habían ganado los corazones. El obispo de Die tuvo pronto ocasión de comprobar las excelentes cualidades de su protegido, en unas difíciles negociaciones de la campaña contra la simonía.

En 1080, le llevó consigo al sínodo de Aviñón, que se había reunido, entre otras cosas, para tomar medidas contra los abusos que se habían introducido en la sede vacante de Grénoble. Tanto el concilio como los delegados de Grénoble vieron en el canónigo Hugo al hombre capaz de poner fin a los desórdenes de Grénoble, pero tuvieron gran dificultad en hacerle aceptar esa elección unánime. El delegado pontificio le confirió las órdenes sagradas y le llevó consigo a Roma para que recibiese la consagración episcopal de manos del Sumo Pontífice. La bondadosa acogida que le dispensó San Gregorio VII, movió a San Hugo a consultarle acerca de las tentaciones de blasfemia que le asaltaban con frecuencia, pues naturalmente le hacían sufrir mucho y, según pensaba él, le hacían inepto para la dignidad episcopal. El Papa le tranquilizó, explicándole que Dios permitía esas pruebas para purificarle y convertirle en un instrumento más apto para la realización de sus planes. San Hugo fue presa de las mismas tentaciones hasta su última enfermedad, pero jamás cedió a las instigaciones del demonio.

La condesa Matilde regaló al nuevo obispo, que no tenía más que veintiocho años, el báculo pastoral y algunos libros, entre los que se contaban el *De officiis ministrorum* de San Ambrosio y un salterio que contenía algunos comentarios de San Agustín. San Hugo partió a su diócesis inmediatamente después de la consagración y quedó aterrado al ver el estado de su grey. Se cometían abiertamente los más graves pecados; la simonía y la usura abundaban; el clero hacía caso omiso de la obligación del celibato; el pueblo carecía de instrucción; los laicos se habían apoderado de las propiedades de la Iglesia y la sede estaba en bancarrota. La tarea que el Santo tenía frente a sí era inmensa.

Durante dos años luchó contra los abusos, predicando incansablemente, denunciando a los culpables, ayunando rigurosamente y orando sin interrupción. Sin embargo, los excelentes resultados que consiguió con ello eran patentes

a todos, excepto para él; no veía sino los fracasos, que atribuía a su ineptitud. Desalentado, se retiró furtivamente a la abadía cluniacense de Chaise-Dieu, donde tomó el hábito benedictino. Pero su retiro no duró mucho, ya que el Papa le ordenó que volviese a Grénoble a continuar en el gobierno de su diócesis. A su vuelta de la soledad, San Hugo, como Moisés cuando bajó de la montaña, predicó con mayor fervor y éxito que antes. San Bruno y sus compañeros acudieron a él, decididos a abandonar el mundo, y el Santo obispo les regaló el desierto de Chartreuse, del que la nueva orden tomó el nombre de Cartuja. San Hugo concibió gran cariño por los monjes; gustaba mucho de ir a visitarlos en la soledad, se les unía en los ejercicios de piedad y en los más humildes oficios.

Algunas veces se quedaba tanto tiempo con ellos, que San Bruno se veía obligado a recordarle sus deberes pastorales.

Esos períodos de retiro eran como claros oasis en una existencia dura y agitada. San Hugo tuvo gran éxito con el clero y el pueblo, pero los nobles le opusieron resistencia hasta el fin de su vida. Por otra parte, durante los últimos cuarenta años sufrió de terribles dolores de cabeza y trastornos gástricos y se vio atormentado por tremendas tentaciones. Pero Dios no dejó de concederle algunos consuelos espirituales que le llenaban de gozo.

Cuando San Hugo predicaba, no era raro que llorasen todos sus oyentes y que algunos se sintiesen movidos a hacer confesiones públicas. El Santo tenía gran horror al pecado; las calumnias le disgustaban tanto, que tenía dificultad en cumplir su deber de leer los informes oficiales y cerraba los oídos a las noticias del día. Las cosas temporales le parecían tediosas en comparación con las espirituales en las que tenía puesto el corazón. En vano rogó a varios Papas que le diesen permiso de renunciar al gobierno de su diócesis; siempre recibió negativas rotundas. Honorio II, a quien se quejó de su edad y su debilidad, replicó que prefería tenerle a él, viejo y enfermo, en el gobierno de la sede de Grénoble, que al hombre más fuerte y más sano que pudiese encontrar.

San Hugo era muy generoso con los pobres. En una época de hambre, vendió un cáliz de oro y muchas joyas y piedras preciosas de su iglesia. Su ejemplo movió a los ricos a combatir el hambre del pueblo y a contribuir a las necesidades de la diócesis. Hacia el fin de su vida, San Hugo sufrió una dolorosa enfermedad, pero jamás habló de ello ni pronunció una sola palabra de queja. Olvidado de sí mismo, sólo se preocupaba por los demás. Su humildad era tanto más extraordinaria, cuanto que todos le manifestaban la mayor reverencia y afecto. Alguien le preguntó un día: “¿Por qué lloras tan amargamente, tú que no has ofendido jamás a Dios a sabiendas?” El Santo respondió: “La vanidad y los afectos desordenados bastan para condenar a un hombre. Sólo la misericordia de Dios puede salvarnos, de suerte que no debemos dejar de implorarla”.

Poco antes de su muerte, perdió totalmente la memoria, excepto para la oración y pasaba el tiempo repitiendo el salterio y el Padrenuestro. Su muerte ocurrió el 1 de abril de 1132, dos meses antes de que cumplierse ochenta años, después de haber gobernado su diócesis durante cincuenta y dos años. El Papa Inocencio II le canonizó dos años más tarde.

San Hugo se cuenta entre los escritores eclesiásticos sobre todo por su contribución a los cartularios; en la biblioteca de Grénoble existen algunas copias, con curiosas notas históricas. Con frecuencia se cita a San Hugo con San Bruno como cofundador de la “Grande Chartreuse”.

SAN HUGO DE BONNEVAUX

Abad

Año 1194

En una de sus cartas San Bernardo prodiga grandes alabanzas a un novicio llamado Hugo, que había renunciado a una fortuna considerable y entrado en la abadía de Mézieres siendo muy joven, contra los deseos de sus parientes. Se trataba de un sobrino de San Hugo de Grénoble.

Un día en que le asaltaban terribles tentaciones de volver al mundo, entró a un templo a pedir el auxilio divino. La Virgen de la Merced se le apareció, le miró con gran cariño, y le dijo: “Muestra que eres hombre y abre tu corazón a

la fortaleza de Dios. Puedes estar seguro de que jamás te asaltará de nuevo esta tentación”. Hugo se entregó a penitencias tan severas, que acabó con su salud y empezó a perder la memoria; pero logró restablecerse gracias al sentido común de San Bernardo, quien le envió a la enfermería con instrucciones de que le atendiesen bien y le dejasen hablar con quien quisiera.

Poco después, Hugo fue nombrado abad de Bonnevaux, y la abadía floreció mucho bajo su gobierno. Se cuenta que podía leer el pensamiento y que tenía un sentido especial para descubrir las tentaciones de sus hermanos. Los relatos que han llegado hasta nosotros confirman sus dones de Profecía y Exorcismo. Como el de tantas otras lumbreras de la vida monástica, el celo de Hugo no se confinaba a su monasterio ni a su orden.

Movido por divina inspiración, fue a Venecia en 1177 para actuar como mediador entre el Papa Alejandro III y el emperador Federico Barbarroja. Gracias a él, se hizo la paz entre los dos. San Hugo murió en 1194, y su antiquísimo culto fue aprobado en 1907.

SAN GILBERTO

Obispo De Caithness

Año 1245

Los escoceses honraron desde antiguo a San Gilberto como a un gran patriota, porque defendió la libertad de la Iglesia escocesa contra las amenazas de Inglaterra, según cuenta la tradición. Nacido en Moray, San Gilberto recibió las órdenes sagradas y fue nombrado archidiácono de Moray.

Según la tradición, siendo todavía muy joven, fue convocado con los obispos de la Iglesia de Escocia a un concilio que tuvo lugar en Northampton, en 1176. Como portavoz de los obispos escoceses, se opuso con fervor y elocuencia a la idea de convertir a los prelados del norte de la Gran Bretaña en sufragáneos del arzobispo de York. Sostuvo firmemente la tesis de que la Iglesia de Escocia había sido libre desde el principio y que sólo estaba sujeta a la autoridad del Papa; por tanto, habría sido injusto someterla a la autoridad de un metropolitano inglés, tanto más cuanto que los ingleses y los escoceses vivían perpetuamente en guerra. Según parece, ésta fue la idea que se impuso en el concilio.

Según el Breviario de Aberdeen, San Gilberto sirvió a varios monarcas. La leyenda cuenta que sus amigos quemaron los libros en que guardaba las cuentas, con la esperanza de desacreditarle; pero las oraciones del Santo lograron que los libros aparecieran íntegros. Después del asesinato del obispo Adam, el rey Alejandro nombró a Gilberto obispo de Caithness. El Santo gobernó su diócesis sabiamente durante veinte años, construyó varios albergues para los pobres, erigió la catedral de Dornoch y, con su predicación y ejemplo, contribuyó a la civilización de su pueblo.

En su lecho de muerte dijo a los que le rodeaban: “Os recomiendo tres máximas que yo he tratado de observar toda mi vida: No hagáis daño a nadie y no tratéis de vengaros si os lo hacen. Soportad con paciencia los sufrimientos que Dios os envíe, teniendo presente que Él purifica así a sus hijos para el cielo. Por último, obedeced a la autoridad para no escandalizar a nadie”.

BEATO LUIS PAVONI

Fundador de los Hijos de María Inmaculada de Brescia

Año 1849

Luis Pavoni fue uno de los predecesores de San Juan Bosco en la educación y cuidado de los niños huérfanos y desamparados. Nació en Brescia de Lombardía, en 1784. Sus padres eran Alejandro Pavoni y Lelia Pontecarli, descendientes de familias nobles y con suficientes riquezas para mantener su posición.

Luis era de carácter serio desde niño; su hermana Paulina declaró: “Luis fue desde niño muy devoto, en tanto que yo era muy traviesa”. El joven empezó a descubrir su vocación durante las vacaciones que pasaba en Alfinello, donde

jugaba con los hijos de los campesinos y les enseñaba el catecismo. En cierta ocasión arrojó desde la ventana su camisa a un mendigo que tiritaba de frío en la calle. Luis tenía aptitudes para las bellas artes y probablemente habría sido un buen pintor o arquitecto, pero a nadie sorprendió que decidiese estudiar para sacerdote. Como la revolución había acabado con todos los seminarios, el joven tuvo que estudiar bajo la dirección de los dominicos, hasta que fue ordenado sacerdote en 1807.

El P. Pavoni no tenía cargo fijo, sino que ayudaba en diversas parroquias de Brescia, particularmente en los “oratorios” fundados por el P. Manelli y algunos otros. En este género de trabajo demostró extraordinaria habilidad.

En 1818, cuando sólo tenía treinta y cuatro años, fue nombrado canónigo de la catedral de Brescia y párroco de San Bernabé. Junto a la Iglesia había un antiguo convento de agustinos, en una de cuyas secciones se alojaba el párroco, en tanto que el resto servía de almacén militar.

El nuevo párroco concibió el proyecto de transformar el edificio en “oratorio permanente”, es decir en un instituto que albergase en un ambiente de familia y preparase para la vida a los niños abandonados. Viendo todas las dificultades que se oponían a su proyecto, el P. Pavoni lo consultó con el crucifijo y tuvo la impresión de que Cristo le animaba a lanzarse a la empresa. El obispo, Mons. Nava, le prometió su apoyo, y el P. Pavoni inauguró su oratorio en un rincón del antiguo monasterio, llamado “el nido de ratas”.

El primer oficio que escogió para sus chicos fue el de impresor. Los veinte años siguientes de la vida del Beato son un tejido de notables éxitos y enojosas negociaciones con las autoridades para conseguir el permiso de imprimir y de utilizar todo el monasterio para el orfanatorio. En aquella época, Lombardía dependía aún de Austria; la Revolución Francesa y Napoleón seguían ejerciendo su influencia y la voz del difunto José II de Austria (“nuestro hermano el sacristán”), todavía se dejaba oír.

Como el deseo de independencia agitaba ya al pueblo, las autoridades veían con gran desconfianza la fundación de una imprenta italiana. En cuanto a la cuestión del monasterio, aunque el gobernador austriaco admiraba al P. Pavoni, era demasiado josefinista para devolver a la Iglesia una propiedad que el Estado le había arrebatado. Además, las dificultades inherentes a toda burocracia eran aún más grandes en Lombardía.

En 1823, se concedió al P. Pavoni la licencia de imprimir (aunque la imprenta ya estaba funcionando desde antes), pero el permiso de ocupar el monasterio entero no se le concedió sino hasta 1841. Con la ayuda de sus generosos bienhechores, entre los que se contaban Mons. Nava y la hermana del beato, Paulina Trivellini, pudo éste instalar por fin una escuela de oficios, de dibujo y de música. Naturalmente, no le faltaron las dificultades pecuniarias.

El oratorio tuvo que sufrir toda clase de vejaciones. Durante el carnaval de 1828, el ayuntamiento de la ciudad concedió el permiso de que un circo acampase en el patio del monumento. El lector puede fácilmente imaginar lo difícil que resultaría conservar el orden entre los chicos, en tales circunstancias.

En 1832, el trabajo de la imprenta del oratorio se distinguió en la exposición de Brescia y el año siguiente, el Papa Gregorio XVI alabó la fundación como “Cosa buona” (una buena cosa). Pero en 1836, la fundación tuvo que hacer frente a los efectos del cólera, que dejó en Brescia a centenares de niños huérfanos. Entre las enfermeras que más se distinguieron durante la epidemia, se hallaba Paula di Rosa, fundadora de las Siervas de la Caridad (15 de diciembre), quien sugirió a Mons. Pinzoni que organizara una escuela para niños sordomudos. Dicha escuela se confió al P. Pavoni.

Por otra parte, el gobernador civil le pidió que se encargase también del Orfanatorio de la Misericordia. La generosa conducta del Beato logró por fin que el Concejo Municipal le regalase el edificio de San Bernabé. Luis Pavoni era un hombre de mediana estatura, robusto y de cabello sedoso. Era de temperamento ardiente e impulsivo y hablaba con soltura y autoridad. La paciencia y serenidad que había adquirido a fuerza de dominarse, producían una

impresión de energía reprimida. Era un hombre bastante culto, de intereses variados y equilibrados. No era superficial, pero tampoco podía decirse que fuese un sabio. Su ideal de la educación, muy abierto, consistía en formar a todo hombre para que pudiese ser realmente bueno.

Hay que notar que, cincuenta años antes de la publicación de la “Rerum novarum”, el Beato comprendió la trascendencia religiosa de la justicia social y la puso en práctica con sus empleados. Aunque muchos de sus chicos eran literalmente el desecho de la sociedad, el P. Pavoni estaba decidido a hacer de ellos hombres buenos, buenos trabajadores, buenos ciudadanos y buenos cristianos. Sus métodos pedagógicos, como los de San Juan Bosco, consistían más bien en prevenir y alentar, que en reprimir.

El Beato prefería la bondad a la severidad. “El rigorismo -decía- no lleva a nadie al cielo”. Sin embargo, no faltarán sin duda quienes encuentren todavía demasiado severos los métodos del P. Pavoni, olvidando que el material humano que tenía que educar no era precisamente fácil.

El P. Pavoni deseaba que en el oratorio hubiese una atmósfera de familia y no de institución. Basta con leer un poco sobre su manera de tratar a los chicos para convencerse de que se trataba de un Santo “que amaba a los niños de todo corazón, y al que éstos pagaban con la misma moneda”. El P. Pavoni expulsaba sin piedad a los malos elementos para evitar que corrompieran a los buenos; pero, en vez de abandonarles a su suerte, seguía velando por ellos fuera del oratorio.

Cierto que la elección del “Tratado de Perfección” del P. Rodríguez como libro de lectura espiritual para los niños, no era de lo más acertado. Pero había en cambio, cosas magníficas. Por ejemplo; el Beato consideraba tan importante la cocina, que el cocinero y sus ayudantes estaban bajo la vigilancia inmediata del director, quien les exigía buena comida, puntualidad y buenas maneras con los niños; el vino no estaba prohibido, simplemente había que beberlo “con discreción”; una de las formas de recreo que más recomendaba el Beato a sus chicos era la representación de comedias. Esto último significaba atraerse las críticas de la sociedad bien pensante de la época, y ni siquiera la presencia del obispo, de los seminaristas y de los alumnos del colegio de los jesuitas, en la primera representación teatral del oratorio, consiguieron acallarlas del todo.

Durante largos años el Beato había acariciado el proyecto de fundar una congregación religiosa que se encargase de continuar su obra. Poco a poco había elaborado las reglas y constituciones de una congregación de sacerdotes y hermanos legos que debían trabajar en sus oficios respectivos. Después de pensarlo y orar mucho, consultó el asunto con Mons. Nava y con el cardenal Ángelo Mai, quienes le alentaron a realizar sus planes. Esto decidió al P. Pavoni a poner manos a la obra, a pesar de las críticas de quienes consideraban indigno de un religioso enseñar artes y oficios, aunque encontraban muy normal que enseñase ciencias y literatura. No faltaba razón a Santa Teresa cuando pedía a Dios que la protegiese de los tontos piadosos...

El Beato compró una propiedad para el noviciado, en Saiano, cerca de Brescia; restauró los antiguos edificios; estableció una colonia agrícola y trasladó ahí la escuela de sordomudos. En 1844, obtuvo de la Santa Sede el permiso de recibir novicios. Pero para ello necesitaba también la licencia de las autoridades civiles austriacas, de suerte que pasaron todavía tres años antes de que la congregación de los Hijos de María Inmaculada quedase formalmente fundada.

El 8 de diciembre de 1847, Luis Pavoni, que había sido nombrado previamente superior general, hizo la profesión religiosa. El día anterior había renunciado a la canonjía y transferido a la nueva congregación los títulos de su casa de Brescia, de sus propiedades personales y de los edificios de San Bernabé y de Saiano. Sin duda que, junto con la cruz de canónigo, renunció también a la condecoración de caballero de la corona de bronce que le había conferido en 1844 el emperador Fernando I. En esa ocasión, el Beato había comentado en privado: “¿Por qué no me mandó el emperador un saco de harina para la comida de mis chicos en vez de esta medalla?”

Poco después de fundada la congregación, estalló la rebelión de los lombardos contra Austria. La situación fue haciéndose más angustiosa de día en día. En enero de 1849, el gobierno impuso una gravosa multa a la ciudad de Brescia; los ánimos se enardecieron tanto, que el Beato juzgó prudente clausurar su querida imprenta. La tormenta se desató el 26 de marzo, con lo que se llamó “la decena de Brescia”. Al día siguiente, el Beato partió con todos sus chicos a Saiano, bajo una lluvia tempestuosa. Cuando pasó por Torricelle, su hermana Paulina quiso prestarle un carruaje, pero el anciano se rehusó, diciendo: “No, yo puedo ir a pie como mis chicos”. Finalmente, la caravana llegó a su destino, exhausta y empapada. El Beato subió todavía a la cumbre de la colina para ver arder Brescia y el oratorio en el que había pasado treinta años de su vida. En ese momento tuvo el primer espasmo cardíaco, que había de llevarle a la tumba en unos cuantos días.

El párroco de Santa María le mandó inmediatamente a la cama, y el P. Pavoni obedeció. Era la primera vez que se acostaba en sábanas de lino, desde que había salido de la casa de su padre. Poco a poco se fue debilitando; murió una semana más tarde, a los sesenta y seis años de edad, entre las lágrimas de sus hermanos y de sus chicos. Era el Domingo de Ramos, 1 de abril de 1849.

La víspera, el Beato había oído todo el día y toda la noche el rugido de los cañones que bombardeaban la ciudad de Brescia.

El P. Pavoni fue sepultado en Saiano. Su cuerpo fue más tarde trasladado a Brescia, donde reposa actualmente en el templo de la Inmaculada. La causa de beatificación se introdujo en 1919; veintiocho años más tarde, en 1947, Luis Pavoni fue solemnemente beatificado.

No hay que confundir esta Congregación con la de los Hijos de la Inmaculada Virgen María, fundada en Lucón por el Venerable Luis Baudouin, en 1828.

02 DE ABRIL

SAN FRANCISCO DE PAULA

Fundador de los Frailes Mínimos

Año 1507

Francisco nació hacia 1416 en Paula, pequeña ciudad de Calabria. Sus padres eran humildes e industriosos y ponían todo su empeño en amar y servir a Dios. Como no tenían hijos después de varios años de matrimonio, pidieron ardientemente a Dios que les concediese uno que, al nacer, recibiera el nombre de Francisco en honor del “Poverello” de Asís, a cuya intercesión se había acudido especialmente.

A los trece años de edad, Francisco entró en la escuela del convento franciscano de San Marcos, donde aprendió a leer y empezó a practicar las austeras virtudes en que había de distinguirse durante toda su vida. Aunque no estaba obligado a seguir las reglas de la orden, casi sobrepasaba a los religiosos en la observancia, a pesar de su tierna edad. Al cabo de un año, acompañó a sus padres en una peregrinación a Asís y a Roma. A la vuelta, obtuvo permiso para retirarse a un sitio que distaba unos dos kilómetros de Paula y más tarde, a una cueva a la orilla del mar.

Cuando tenía veinte años, se le reunieron otros dos compañeros. Los vecinos les construyeron tres celdas y una capilla, en la que cantaban las divinas alabanzas y un sacerdote de la Iglesia más próxima les celebraba la misa.

El año de 1436 se considera como el de la fundación de la congregación. Unos diecisiete años más tarde, cuando el número de discípulos había ya aumentado, el arzobispo de Cosenza les permitió construir un monasterio en el mismo sitio. El pueblo quería tanto a los religiosos, que todos los vecinos ayudaron en la construcción. Se cuenta que San Francisco obró varios milagros cuando se levantaba el edificio; uno o dos de ellos constan en el proceso de canonización. Cuando el nuevo convento quedó terminado, el Santo se consagró enteramente a establecer la

disciplina regular en la comunidad, en la que precedía a todos con su austero ejemplo. Aunque su lecho ya no era la dura roca, no pasaba de ser una tabla o el piso de la celda; una piedra le servía de almohada. La penitencia, la caridad y la humildad formaban la base de sus reglas. San Francisco escogió la caridad como lema de su congregación e inculcaba constantemente a sus religiosos la humildad.

Además de los tres votos ordinarios, impuso a sus discípulos la obligación de observar una cuaresma perpetua, con abstinencia de carne, huevos y alimentos lácteos. El Santo consideraba el ayuno como el camino real para la conquista de sí mismo; deplorando la mitigación de la estricta regla cuaresmal que la Iglesia se había visto obligada a conceder, esperaba que la abstinencia que practicaban sus religiosos serviría de ejemplo y de reparación por la tibieza de tantos cristianos.

Además del don de milagros, San Francisco poseía también el de profecía. Escribiendo al Papa León X sobre la futura canonización de Francisco de Paula, el obispo de Grénoble (tío de Bayardo, “el caballero sin miedo y sin tacha”) decía: “Santísimo Padre, Francisco me reveló muchas cosas que sólo Dios y yo conocemos”.

El Papa Pablo II envió un delegado a Calabria para que investigara las maravillas que se contaban del santo. Al ver llegar al visitante, San Francisco, que estaba ocupado con los obreros en la construcción de la iglesia, los dejó al punto para salir a su encuentro. El delegado papal trató de besarle las manos; en vez de permitirlo, el Santo protestó que a él era a quien correspondía besar aquellas manos santificadas por treinta años de celebrar el Santo sacrificio. Sorprendido el delegado al ver que Francisco sabía exactamente cuánto tiempo hacía que había recibido la ordenación, le pidió una entrevista, sin revelarle su verdadera misión. Siguió al Santo al interior de la clausura y habló con elocuencia de los peligros de la singularidad y manifestó que la regla del convento, le parecía demasiado austera para la naturaleza humana. El Santo trató de defender la regla para demostrar al delegado lo que la gracia era capaz de hacer soportar a quienes estaban decididos a servir a Dios, sacó del fuego unos carbones ardientes y los tuvo en sus manos varios minutos, sin recibir la menor quemadura. Digamos de paso que existen muchos otros ejemplos de la inmunidad de que gozaba el Santo respecto del fuego.

El delegado papal volvió a Roma lleno de veneración por el siervo de Dios, y la nueva familia religiosa recibió la aprobación pontificia en 1474. En aquella época, casi todos los miembros de la comunidad carecían de instrucción y sólo había un sacerdote entre ellos. El pueblo los llamaba “los ermitaños de San Francisco de Asís”.

En 1492, a instancias del fundador, que quería que sus religiosos fuesen los más pequeños en la mansión del Señor, adoptaron el nombre de “mínimos”.

San Francisco de Paula hizo varias fundaciones en el sur de Italia y en Sicilia. El rey Fernando de Nápoles, molesto por las severas amonestaciones que tanto él como sus dos hijos habían recibido del santo, dio la orden de arrestarle y conducirlo a Nápoles. El encargado de ejecutar el mandato real quedó tan impresionado por la personalidad y humildad de San Francisco, que volvió a la corte sin el prisionero y persuadió al rey a que le dejase en paz. A decir verdad, ya en aquella época toda Italia celebraba a Francisco de Paula como santo, profeta y taumaturgo.

En 1481, Luis XI de Francia estaba agonizando lentamente a resultas de un ataque de apoplejía. El amor por la vida y el terror a la muerte de aquel monarca eran verdaderamente excepcionales; la enfermedad le había vuelto tan impaciente e irritable, que nadie se atrevía a acercársele. Dándose cuenta de que su estado empeoraba, el rey ordenó que trajesen a la corte a San Francisco, prometiéndole que el monarca apoyaría su congregación. Como el Santo se llegase a ir, Luis XI recurrió al Papa Sixto IV, quien ordenó a Francisco ir a la corte. San Francisco se puso inmediatamente en camino; el rey regaló diez mil coronas al heraldo que anunció la llegada del siervo de Dios y envió al delfín a escoltarle a Plessis-les-Tours. Luis XI se arrodilló ante San Francisco y le rogó que le devolviese la salud. El Santo replicó que las vidas de los reyes están en las manos de Dios y tienen un límite, como la del resto de los mortales y que a Él era a quien había que dirigir las súplicas.

Muchos nobles acudieron a ver a San Francisco. Aunque era éste un hombre sin instrucción, Felipe de Commines, que tuvo ocasión de escucharle varias veces, escribió que la sabiduría de sus palabras demostraba que el Espíritu Santo hablaba por su boca. La oración y el ejemplo del siervo de Dios cambiaron el corazón del monarca, quien murió con gran resignación en brazos de Francisco. Carlos VIII honró al santo, tanto como su padre y le consultaba en todos los asuntos de conciencia y aun de Estado. Igualmente construyó un convento de la congregación en el parque de Plessis y otro en Amboise, en el sitio en que había encontrado a San Francisco por primera vez. Además, construyó en Roma el monasterio de Santa Trinita dei Monte, en el Pinicio, donde sólo se admitía a los franceses.

San Francisco pasó veinticinco años en Francia y murió en ese país. El Domingo de Ramos de 1507 cayó enfermo y el Jueves Santo, reunió a sus hermanos y los exhortó al amor de Dios, a la práctica de la caridad y a la observancia de las reglas. En seguida recibió el Viático, descalzo y con una cuerda al cuello, según la costumbre de su congregación.

Murió al día siguiente, “Viernes Santo”, a los noventa y un años de edad. Su canonización tuvo lugar en 1519.

San Francisco compuso para sus religiosos las reglas y un “correctorium” o método de imponer penitencias. Igualmente redactó un ceremonial, unas reglas para religiosas y otras para las personas que vivían en el mundo. En la actualidad se ha reducido el número de los “mínimos” y apenas se encuentran fuera de Italia.

SANTOS APIANO Y TEODOSIA

Mártires

Año 306

Entre los mártires de Palestina, a los que Eusebio conoció personalmente y cuyos sufrimientos describió, se cuentan dos, cuya tierna edad impresionó especialmente al escritor. Uno era Apiano, joven de veinte años y la otra era una muchacha de dieciocho años, llamada Teodosia.

Apiano había nacido en Licia y había estudiado en la famosa escuela de Berytus de Fenicia, donde se había convertido al cristianismo. A los dieciocho años se fue a vivir a Cesaréa. Poco después, el gobernador de la ciudad recibió la orden de exigir que todos los habitantes ofreciesen sacrificios públicos. Al tener noticia de ello, Apiano, sin comunicar a nadie sus planes -”ni siquiera a nosotros”, dice Eusebio, que vivió entonces con él-, se dirigió al sitio en que el gobernador Urbano estaba ofreciendo sacrificios y logró llegar hasta él, sin que los guardias lo advirtiesen. Tomando a Urbano por el brazo, le impidió ofrecer el sacrificio y clamó contra la impiedad que cometía quien abandonaba el culto del verdadero Dios para adorar a los ídolos. Los guardias se lanzaron sobre Apiano y le molieron a puntapiés; después le arrojaron en un oscuro calabozo, donde pasó veinticuatro horas con apretados grilletes en los tobillos. Al día siguiente tenía el rostro tan hinchado, que era imposible reconocerle. El juez mandó desgarrarle con garfios hasta los huesos, de suerte que las entrañas del Santo quedaron a la vista. A todas las preguntas respondía de la misma manera: “Yo soy siervo de Cristo”. Después se le aplicaron en las plantas de los pies lienzos mojados en aceite hirviente; pero, por más que le quemaron hasta los huesos, no consiguieron vencer su constancia. Cuando los guardias le decían que ofreciese sacrificios a los dioses, Apiano respondía: “Yo confieso al Cristo, el Dios verdadero que es uno con el Padre”. Al ver que no flaqueaba en su resolución, el juez le condenó a ser arrojado al mar. Inmediatamente después de ejecutada la sentencia, ocurrió un milagro que, según dice Eusebio, tuvo lugar en presencia de toda la población, ya que un violento temblor arrojó a la playa el cuerpo del mártir, a pesar de que los verdugos le habían atado al cuello losas muy pesadas.

Teodosia parece haber sido también martirizada durante la persecución de Maximino. Eusebio describe así su triunfo: “A los cinco años de persecución, el cuarto día después de las nonas de abril, que era la fiesta de la Resurrección del Señor, llegó a Cesaréa una joven muy Santa y devota, llamada Teodosia, originaria de Tiro. Teodosia se aproximó a unos prisioneros que estaban esperando la sentencia de muerte delante del pretorio, con la intención de saludarles y, probablemente también, de pedirles que no la olvidasen al llegar a la presencia de Dios. Los guardias cayeron sobre ella como si hubiese cometido un crimen y la arrastraron ante el presidente, quien se

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

